EL 2000 Y LAS OPCIONES EMPRESARIALES

Francisco Durand*

* Ph. D. Profesor de ciencia política, Universidad de Texas de San Antonio.

Luego de dos semanas de entrevistar a propietarios y gerentes de diversos sectores y especialistas en el tema político-empresarial me queda la impresión de que, tal como están las cosas, el empresariado votará mayoritariamente por Alberto Fujimori. Este estado de opinión, sin embargo, **puede variar** tan pronto como se perfilen de mejor modo las candidaturas alternativas. Y podría ser influido por variables claves como la situación económica (potencialmente volátil) y los crecientes problemas del gobierno en materia de corrupción o decisiones erráticas de política económica.

No es que dejen de ser críticos del gobierno. El tema clave consiste en que Fujimori, a pesar de todo, es la figura que da mayores garantías de continuidad de la política económica y de estabilidad política. Es un gobierno que, según el más veterano de mis entrevistados, parece haber hecho más por el sector privado que ningún otro desde Odría. Las opiniones sobre Fujimori varían pero no hay, salvo excepciones, mayor crítica frontal. Los entrevistados se expresaron así del presidente: «es la mejor opción», «tiene aparato», «sigue siendo el más cercano a los empresarios», «más vale malo conocido», «se aboca a los problemas y los resuelve», «él es seguro, está preparado, conoce el país y tenemos miedo de lo que pueda venir».

Este tipo de opinión puede ser ciertamente distinta a la de las mayorías, incluso del conjunto del sector privado, pero deja una idea clara de qué piensan quienes están a la cabeza del mundo empresarial. A fin de cuentas, como me dijo un banquero, «en el Perú, las empresas **no eligen** quien llega a ser gobernante». Es un problema de escaso peso electoral pero abundancia de recursos. Los empresarios no tienen masa electoral pero sí **pueden contribuir a decidir** qué candidato tiene más posibilidades de ser elegido. Pero este tema, el de la financiación de campañas, aún está verde y nadie muestra mayor disposición a

hablar. Alguien afirmó de pasada algo interesante: dada la crisis, no muchas empresas y gremios están en posición de mostrarse generosos y serán más selectivos en el apoyo a candidatos a la Presidencia y al Congreso. La elección coincide con una sequía financiera.

Las objeciones a Fujimori y al gobierno no dejan de revelar preocupaciones, siempre latentes entre los empresarios, un sector destinado a no dormir tranquilo. Indican que de un tiempo a esta parte han tenido lugar decisiones o hechos que provocan sobresalto más que alarma. Al menos aún no. El menú de críticas va desde opiniones como «las licitaciones son arregladas», «la reestructuración, esa de los $500 millones, la están aguantando por razones políticas, para ganar votos», «hay casos de legislación sastre, hecha a la medida de ciertos grupos, como el tabaco», «lo que hay ahora es neomercantilismo; son liberales de palabra, pero de hecho volvemos a lo mismo de siempre», «el presidente está poniéndose caprichoso, cambia las reglas del juego», «Joy Way es cauto, escucha y es accesible pero es político», «esto del contrabando y aduanas preocupa. No se puede competir con el contrabando», «el gobierno es como un perro, sólo entiende a periodicazos, así que cuando no queda otra, hay que ser duro», «cambiaron la ley de impuestos sobre fusiones», «aquí el capital extranjero tiene mejor trato», «se persigue a algunos empresarios, aunque son casos aislados», «se tiró en contra de las petroleras, no habiendo necesidad de atacar», «ese asunto de los papeles de la deuda sólo se va a aclarar cuando se publique la lista de las empresas compradoras», «la privatización está estancada, la compra de tierras también, a pesar de los esfuerzos de Woodman para impulsarla».

El tono de estas críticas es mayor al que he observado en años anteriores, indicio de preocupaciones subconscientes que de pronto emergen al ver un comportamiento del Ejecutivo que creían superado. O lo atribuyen al clima electoral. Este factor desdibuja el proceso de toma de decisiones en tanto algunas medidas «erráticas» se toman para elevar el apoyo a la gestión presidencial aunque se sacrifiquen un tanto las buenas relaciones con los empresarios. Lo del neomercantilismo sí es interesante porque indica reglas de juego no claras, competencia injusta y posible desperdicio de recursos. Pero es tema de difícil manejo, pues divide al propio sector empresarial.

Ahora bien, lo que me parece la opinión de fondo se expresa en ideas como: «Fujimori de repente hace un mal gobierno, pero no

hay alternativa» y «No hay otro. ¿Qué pasa si viene otro Alan?» Esta es la idea central, el hecho de que más que virtudes en el gobierno, lo que hay es una falta enorme de alternativas presidenciales. Una opinión tajante expresa una verdad: «la oposición es un desastre». Los peros a los candidatos alternativos abundan y parecen ser más una cuestión de críticas a la personalidad o a la falta de aparato antes que a la línea política o al pensamiento económico. Esta elección es para **optar por líderes** y no por ideas o programas. A Andrade aún lo ven «distante» y «muy político», alguien que «mantiene una relación lejana». Afirman que, a pesar de ser empresario, «no se le conoce». Pero le dan crédito por el trabajo de rescate del centro de Lima y la organización ejemplar de la SAT que dirige Luis Alberto Arias. Sobre Castañeda hay opiniones similares: «está desconectado», «es desconocido», «nunca lo he visto hablar aunque hizo algo bueno en el IPSS». Otro afirma que «se está preparando». Estas opiniones muestran que en el medio empresarial las figuras independientes de oposición no han iniciado su campaña o aún no han logrado conectarse firmemente con el sector privado. Quizá es temprano aún, porque la campaña todavía no ha empezado[1] y eso que la elección será en menos de un año. No faltó quien dio una explicación: «Hay que quedarse abajo hasta que avance más la campaña. No es prudente salir a la luz ahora». El otro nombre que surge en entrevistas con cierta persistencia es el de Hurtado Miller. De él escuché más bien opiniones positivas, en tanto aparece como alguien que puede atraer al mismo tiempo votos fujimoristas y de la oposición. Se dice que «es concertador», «tiene buena llegada», «es pata, viene de un partido tradicional».

Tales son actualmente las opciones y no parece una situación ideal. El mejor escenario para el empresariado es aquel donde «cambia la presidencia y continúa el modelo económico». Un tercer mandato, dicen varios, es demasiado, y siempre Fujimori puede volver el 2005. Pero este panorama parece el menos probable por dos razones. Primero, el presidente y su entorno, probablemente este último con desesperada insistencia, **juega a la reelección**. Segundo, **aún no hay una figura de oposición presidenciable** que dé garantías a los inversionistas y que, al mismo tiempo, goce del favor popular. Finalmente, un matiz. No

[1] Escrito ya este artículo, la posterior presentación al país de los lineamientos económicos y políticos del plan de gobierno de Somos Perú, que levantaron polvareda en los predios del ejecutivo, constituiría un paso adelante en la dirección señalada por la reflexión del autor. (N. De la R.)

faltaron opiniones minoritarias que están, pase lo que pase, a favor del recambio. Dos, de un total de 14 entrevistados, afirmaron «yo sé que los banqueros y las multinacionales votarían por Fujimori, pero yo no. No se puede manejar el país sin instituciones». Estas voces disidentes son pocas, pero son. Así están las cosas.

Las declaraciones de Dionisio Romero (Expreso, 23 de junio), hombre conocido por su extrema prudencia, sacudieron en su momento el ambiente político. Lo dicho por el jefe del conglomerado más poderoso del país, apuntaba a expresar desde el inicio de la campaña un apoyo explícito a Fujimori y un descarte del resto de los candidatos. Más allá del impacto producido (agotamiento del periódico, con promesa de una segunda edición), no olvidemos que las reacciones en el medio empresarial fueron más matizadas de lo que aparecía a primera vista. Carlos Bruce de ADEX, por ejemplo, sostuvo que había que considerar a los tres candidatos. Roque Benavides de CONFIEP, y varios líderes empresariales, afirmaron que coinciden con las declaraciones económicas, pero que las políticas son «cosa personal» de Romero. Una posible interpretación de este intercambio de declaraciones empresariales es la siguiente. Apoyarán a Fujimori los favorecidos por las políticas del régimen (mineros, multinacionales), y aquéllos que están en problemas financieros y esperan un rescate del gobierno. No olvidemos que varios grupos de poder están en problemas, han perdido posiciones, o están en riesgo inminente de perderlas (Romero, Wiese, Lucioni, Yi Chang, Picasso, Olaechea, Galsky). Lo pensarán dos veces los que consideran que la continuación del modelo terminará por debilitarlos (industriales), y quienes creen que este gobierno no tiene la capacidad de hacer ajustes finos de política económica para abrirles un horizonte de acumulación (industriales, exportadores no tradicionales, agrarios).

Estas consideraciones económicas se yuxtaponen a las políticas analizadas en la primera parte de este artículo, a la opinión que pone a Fujimori como garante del orden, y a los demás como candidatos débiles, sin agendas definidas y que se supone son generadores de inestabilidad. ¿Podrán refutar este argumento? Fujimori, podría argumentarse, es fuente segura de inestabilidad futura al desgastarse aún más en un tercer período, adoptar cada vez más actitudes imperiales y aislarse del contexto internacional por forzar una nueva reelección. Castañeda, Andrade o el que venga, pueden acercarse a los empresarios, brindar garantías al inversionista y demostrar ser alternativa de gobierno.

No olvidemos que de la sociedad civil de antes no quedan ya partidos, sindicatos, prensa libre, o movimientos sociales con capacidad de presión. Pero aún están los gremios empresariales. Estos tienen capacidad de financiar campañas, de canjear apoyo por publicidad, y mayor capacidad crítica de la política económica que ningún otro grupo social. La batalla del 2000 pasa por los votos de las mayorías, pero también por los empresarios debido a las razones arriba anotadas.